



BELKÍIS

Una historia
africana de amor

Javier Puebla



LcJ

Belkiis

Una Historia Africana de Amor

Javier Puebla

1ª Edición Digital

Febrero 2012

Smashwords Edition

© Javier Puebla 2005

© de esta edición:

Literaturas Com Libros

Erres Proyectos Digitales, S.L.U.

Avenida de Menéndez Pelayo 85

28007 Madrid

<http://lclibros.com>

ISBN: 978-84-15414-25-4

Diseño de la cubierta: Benjamín Escalonilla

Índice

Dedicatoria

Parte Primera: El bosque de los baobabs

Parte Segunda: *Dark Dakar*

Parte Tercera: Europa

Sobre el autor

*Para Fabrice Blazquez e Ileana,
mis más queridos amigos de Dakar.*

«Home is where you feel at home»

TRUMAN CAPOTE

Breakfast at Tiffany's

Parte Primera:

EL BOSQUE DE LOS BAOBABS

I

El coche avanzaba a toda velocidad por la carretera de dos direcciones. Avanzaba estable, recto como la propia ruta que dividía en dos mitades desiguales el valle, hasta que su conductor, inopinadamente hasta para sí mismo, giró con brusquedad el volante hacia la derecha y el vehículo abandonó el asfalto para adentrarse en los dominios de los árboles gigantes, los dueños y señores de aquel valle, los baobabs. La maniobra estuvo a punto de hacer que el coche, un cuatro por cuatro de color azul noche, volcase, comenzase a dar vueltas de campana, se estrellase contra un árbol y su único ocupante muriese en el acto, de un golpe en la cabeza contra el salpicadero, o quizás contra una piedra al salir despedido a través del cristal hecho pedazos, pero Damián Dos Dedos era hombre que se crecía ante cualquier peligro. Frenó, embragó, derrapó, aceleró con furia, indiferente a su propia suerte, a si aquel era el último minuto de su vida o solo otro minuto más en una vida tan cargada de minutos como puede estarlo la de cualquiera, la de cualquiera que ha vivido, piensa a veces, demasiado tiempo, y tiene que escapar a África para olvidar, o hacer balance, o averiguar quién es realmente, y quién quiere ser en el futuro, si es que el futuro le deja ser alguien y se prolonga más allá de este minuto interminable en el que se está jugando estúpida, pero también necesariamente, la vida.

Un manto de sudor cubre su frente cuando por fin alcanza a dominar el vehículo por completo. Suda, pero también sonríe, satisfecho, mirando a su alrededor, buscando la aprobación de los baobabs, como lo haría un torero, girándose hacia la grada, tras sentir en su rostro el aliento del toro que ha estado a punto de cornearle. La montera en la mano, el aplauso del público. ¿El aplauso?, ¿qué aplauso?, ¿desde cuándo aplauden los árboles? Los árboles no aplauden, ni siquiera estos árboles, *adamsonia digitata*, baobabs, enormes gigantes de caprichosas formas que, según el credo popular, cobijan en su interior las almas de los muertos. Pero Damián no piensa ahora en almas, ni muertos, ni árboles, ha recobrado la sonrisa que tantos días en Dakar le habían borrado de la cara. Le basta con conducir, tan deprisa como lo permite el ronco motor diesel, esquivando los gruesos troncos, rozando con el techo del vehículo las puntas de sus larguísimos brazos, ramas, sorprendido que estén tan lejos unos árboles de otros, cinco, diez, veinte metros, cuando, de lejos, parecían apiñados, como ovejas, o mejor aún: como soldados, formando un todo, un bosque, que una vez en su interior se desvanece, deja de ser tal para convertirse en páramo, en tierra árida apenas salpicada por esas cajas de madera donde duermen eternamente las almas de los hombres y mujeres africanos, los baobabs.

Desde que contempló el primero, en la ciudad de Dakar, Damián había sentido el deseo de pintarlos, de retratarlos en sus lienzos para que aflorasen las almas que escondían dentro, para, tal vez así, ayudar a esas almas a escapar de su involuntario cautiverio. Sin embargo, sus buenas intenciones continuaban en estado larvario, el estado natural de la mayoría de las buenas intenciones que en el mundo han sido, en parte porque su trabajo, el trabajo de realizar un mural de siete metros por tres para la embajada española, el trabajo que le había llevado a Dakar, le ocupaba la mayor parte de su tiempo, pero también porque el clima tropical,

aquella luz cegadora, el calor pegajoso, el ritmo indolente de las sombras que no eran sombras sino hombres y mujeres que a su vez arrastraban otras sombras algo menos oscuras que ellos, había hecho florecer su natural pereza hasta transformarla en una maraña de, en apariencia, imposible manejo.

Pero ahora, por primera vez en un periodo de casi cuatro meses, volvía a sentirse libre, libre y feliz, conduciendo cada vez más rápido el Toyota prestado por uno de sus pocos amigos en la ciudad, el profesor Montaigne, mestizo y escritor, alegre y taciturno, tremendo bebedor e incansable conversador.

Las formas que se escondían en el interior de los árboles, a medida que se iba relajando, olvidando los problemas que le acuciaban en la ciudad, comenzaron a revelársele con creciente precisión. Había ido bajando la velocidad y ahora el cuatro por cuatro parecía más bailar que correr, jugar que escapar. Frenó suavemente, hasta quedar frente a la cintura inabarcable de uno de los árboles. Sintió el calor nada más abrir la portezuela del coche. Enseguida la camisa se le pegó al cuerpo, el cabello se le transformó en una masa húmeda e ingobernable y las manos se le volvieron esponjas, pero no prestó atención a aquellos detalles, cautivado por la hermosura del gran árbol; si las leyendas no mentían, el alma de alguien también hermoso, pensó en una mujer, se refugiaba en su interior. Con la punta de los dedos acompañó a una de las ramas horizontales a lo largo de sus nudos retorcidos. Experimentó su propio dolor atrapado en ese árbol, y pensó en los amigos muertos, en los amigos traidores y traicionados, en el fracaso del absurdo intento que había sido su vida, siempre empeñado en crear un maquillaje, una máscara, que le librase de la presión de la realidad y el paso del tiempo. Buscó un cuaderno entre los bultos de su equipaje, tenía por costumbre llevar varios

siempre que viajaba, y no le sorprendió que estuviera en blanco, pues apenas dibujaba para sí mismo desde que abandonase París, una tarde ya lejana y con *aguacero*. Pero lo immaculado de las hojas no fue óbice, nunca lo había sido, para que el lápiz HB comenzase a moverse con trazos rápidos y seguros: primero las ramas, luego el tronco, más tarde el suelo casi plano, y ahora el alma, el alma, aún parcialmente atada al cuerpo, de esa mujer refugiada en el árbol que, la maldición de los seres demasiado imaginativos, le hacía pensar en la suya propia.

—*¡Mesié, mesié!*

Las voces le sobresaltaron. Niños. Media docena de niños saltarines y famélicos. Niños de sonrisas tan grandes que no les cabían en el rostro. ¿De dónde habían salido? No se veía ningún poblado, ninguna casa ni choza, siquiera un promontorio tras el cual pudieran haberse ocultado. ¿Tal vez vivían dentro de los árboles? No era imposible, algunos sobrepasaban los diez metros de diámetro. O quizá venían de lejos, corriendo, observó sus pies descalzos, atraídos por la tos hueca y prepotente de la máquina de fabricación japonesa que le había prestado su amigo Montaigne, el bueno de Montaigne, que despotricaba todo el tiempo contra aquel país en el que nada funcionaba, en el que los niños se veían obligados a pedir limosna y a correr con los pies descalzos. Cerró el cuaderno y se parapetó tras una seriedad que no era real, azorado ante la algarabía creciente de los alegres renacuajos.

—*Cadó, mesié, cadó, an cadó.*

Un regalo, ¿dinero?, los blancos muestran una clara tendencia a tirar de cartera cuando alguien en África les pide un regalo, pero, ¿sirve el dinero para algo en un bosque de baobabs? Tal vez sí, el dinero parece servir en cualquier sitio, para cualquier menester, situación, contratiempo, al

menos eso dice la norma no escrita más universal del Sacro Imperio Europeo Americano: el último milagro de Dios fue transformarse en dinero. Rebuscó en el bolsillo de su pantalón, agobiado ante la presión, cada vez más cercana, de los oscuros gnomos. Habían comenzado a tocarle, a tirar de sus pantalones, cuando sacó del bolsillo un puñado de monedas, sucias y míseras monedas, y las lanzó al aire. Probablemente los niños se habrían sentido más felices si hubiese llevado consigo, en el asiento trasero de su coche, caballitos de plástico, estrellas de goma, pelotas de colores, o muñecas de largo pelo rubio y ojos pintados.

Una nueva sonrisa iluminó el semblante de Damián, y cinco sonrisas, como espejos, brotaron alrededor de la suya. Una idea genial, brillante, divertida, sobre todo divertida, había asaltado su mente. No llevaba juguetes, cierto, pero nadie le impedía crearlos de la nada, dibujarlos, con el lápiz HB que aún tenía en la mano. Al lápiz negro se le unieron enseguida otro azul, uno amarillo, dos rojos de distintas tonalidades, uno verde. Los dedos de Damián, Damián Dos Dedos, volaban transformando hoja tras hoja.

—Toma, un monopatín para ti.

—Y esto es para el pequeño de la camiseta azul y roja, un oso. El barco no, no es tuyo, es para el mayor, para que navegue por el bosque cuando esté oscuro y nadie pueda decirle que no hay agua. ¿Y tú, como te llamas?, ¿Abdou? Toma, esta pelota mágica que no se te perderá jamás por mucho que la botes y botes. Esperad, esperad, prestadme los dibujos un instante, hay que darle los pases mágicos para que no se desvanezcan cuando llegue la noche.

Ninguno parecía dispuesto a devolver los juguetes a las manos de su autor, hasta que vieron que este entraba en el coche y salía con un bote dorado y brillante en la mano: laca, laca para el pelo, no hay nada más práctico cuando se

carece de fijador profesional. Con gran circunspección y ceremonia, como si fuese un mago, un gran brujo, un *marabú*, capaz de obrar verdaderos milagros, roció una a una la media docena de estampas realizadas, para luego depositarlas, con cuidado, en el suelo.

—Esperad, esperad, hay que aguardar a que se seque la laca.

Los niños, claro, no entendían sus palabras porque, como siempre que estaba excitado, hablaba en español, y quizá tampoco le habrían entendido si hubiese hablado en francés, pero sí comprendían sus gestos, y el brillo cómplice que animaba sus ojos normalmente marrones y ahora transparentes como los cristales de una vidriera.

Aprovechó el momento en el que los niños se abalanzaron sobre los delgados juguetes, y los abrazaban contra el tórax, para regresar a la cabina del cuatro por cuatro y ponerlo en marcha. Dio al contacto, introdujo la primera velocidad, y antes de que le hubiese dado tiempo a conectar la segunda ya habían regresado los niños y corrían por el sendero dibujado por las ruedas del estruendoso todoterreno, agitando sus dibujos en lo alto de los brazos, duendes alados que, en la lejanía, hacían pensar en pequeñas mariposas, o libélulas; pequeñas mariposas, pequeñas libélulas, cada vez más pequeñas, perdidas entre la inmensidad de los árboles grandes, enormes, desmesurados que conformaban aquel bosque que, él aún no lo sabía, ¿cómo podría saberlo?, iba a cambiar su vida. El milenario, incomprensible, en apariencia inhóspito, bosque de los baobabs.

No tenía que haber aceptado, se continuaba arrepintiéndose, debía haberse mantenido firme en su propósito y decirle *que no* al consejero de la embajada rusa cuando se empeñó en que pintase el retrato de su mujer, de esa señora de apenas treinta y cinco años y apariencia de cuarenta y muchos. Podía haber alegado, y habría sido cierto, que el trabajo de las pinturas murales en la embajada ocupaba la mayor parte de su tiempo y necesitaba de la totalidad de su energía para que el enorme fresco abandonase el estado larvario para convertirse en una realidad. Pero la amabilidad, una amabilidad débil y de algún modo enfermiza, era uno de los más graves defectos, y es triste tener que considerar la amabilidad un defecto, de Damián Dos Dedos, artista y minotauro, soñador y sonámbulo, escapista y escapado.

Los Ribakov no eran malas personas, tampoco buenas, pero no había mucho donde elegir entre los *rostros pálidos* en la oscura ciudad de Dakar, y además había algo en el consejero ruso, en Vasili Ribakov, experto en relaciones económicas internacionales e inexperto en relaciones personales, que suscitaba la simpatía del pintor; ese cuerpo grandón y torpe, como el del propio Damián, esa mirada miope y asustada, esta vez solo en parte como la del propio Damián que también descubría muchas veces la lumbre del temor quemándole las pupilas pero que jamás –gracias a Dios, algo correcto– había tenido problemas con su vista y era capaz de distinguir a un bebé de hormiga escalando por la pared de un edificio (exagero, porque yo, discúlpame querido lector, también tengo mis defectos, diferentes a los del Señor Dos Dedos, pero no por ello menos evidentes a los ojos ajenos, y entre otras cosas tengo tendencia al exceso y exagero, casi siempre exagero). Había sido esa afinidad en la torpeza, la dificultad compartida de encontrar acomodo

en un mundo de seres más delgados y pequeños, lo que le impidió quitarse de encima aquel encargo, maldito encargo, que había terminado del modo más inesperado posible, después de que Isabela Ribakov, en el transcurso de la segunda tarde que posaba para él, hacía un calor sofocante y ni siquiera el aire acondicionado conseguía exorcizarlo plenamente, le confesase que casi nunca, aunque ambos se esforzaban y se esforzaban, lograba culminar el acto sexual con su marido, y que ese era el motivo de que no hubiesen tenido descendencia hasta la fecha, descendencia que deseaban más que ninguna otra cosa en el mundo y que el mundo, caprichoso y despótico, les negaba. Hijos, a Damián nunca se le había pasado por la cabeza la idea de tener hijos, no seriamente al menos, aunque alguna vez habló del tema con Martina Sindiero, su más larga amante, su única verdadera amiga, pero solo como algo que les sucedía a los demás, un accidente que acontecía al prójimo y que ellos nunca llegarían a conocer de primera mano. Hijos, aquella pareja en apariencia feliz no lo podía ser en realidad tanto por la renuencia del miembro viril del marido a adoptar la dureza, firmeza, necesaria, imprescindible para el apareamiento; pobres animales humanos de grandes sueños y constantes sufrimientos pequeños. Pero, ¿qué demonios ocurrió en la cabeza de Damián para sugerirle a la insatisfecha dama del consejero económico ruso que recurriese a la imaginación para estimular a su marido, que le hablase de presuntas orgías con negros de miembros descomunales, de penetraciones contra natura y otras muchas perversidades dignas de un guionista de película pornográfica más que de un tranquilo pintor que se ganaba la vida realizando murales para embajadas de países que podían permitirse el lujo de despilfarrar su dinero en tales veleidades? ¿Qué sucedió? Él era, es, un hombre moderado, tímido con las mujeres, su fealdad, su exceso de peso, los moletos que caen sin fuerza a ambos lados de la boca, los ojos oscuros y pequeños, ojos capaces, sin embargo, de di-

visar a una hormiga en la pared de un edificio a veinte metros, ojos capaces de advertir que el rostro de la mujer que retrataba estaba sufriendo una transformación, se estaba excitando, adquiriendo vida, y que en escasos minutos iba a dejarse caer entre sus brazos, ya sin ropa, repitiendo las palabras que él mismo, ah culpable, había recitado, de esas orgías repugnantes y excesivas, febriles, incontrolables, y él ya dentro de ella, encendidos ambos, lujuriosos, enardecidos, incontrolables, animales en celo apareándose a pocos kilómetros de la sabana africana, como dos elefantes enloquecidos, dos hipopótamos, dos leones que rugían satisfechos, sin pensar ninguno de ellos, desde luego que Damián no lo pensó, que la semilla de él, al final del acto, iba a quedar dentro, en el interior de ella, de la mujer que quería y no conseguía tener hijos, de la mujer que era capaz de volverse loca imaginando que abusaban de ella un grupo de guerreros desnudos y negros, negros y desnudos, acariando hasta el último rincón de su cuerpo.

Podría haber quedado ahí la cosa, pero no, ya esa misma noche ella comenzó a llamarle y él a buscar y encontrar excusas, burdos pretextos; no deseaba volver a estar a solas con ella, carecía del valor suficiente para terminar aquel malhadado retrato. Mensajes obscenos que quedaban grabados en el contestador automático, *lo he hecho de verdad, ya no es ninguna fantasía, el otro día me entregué a dos hombres vestidos a la occidental, dos negros, que conocí por la calle, les dejé llevarme a un hotel y hacerme de todo*. Tenía que ser mentira, desde luego, ese y todos los mensajes, excepto, quizá, uno, uno en el que Isabela contaba que su marido, el bueno de Vasili, el de la sonrisa confiada y los dientes torcidos, había logrado cerrar el círculo, una vez, al menos una vez, una noche sobre la hierba del jardín, ambos sin ropa, a la vista de los criados, de cualquier desaprensivo que pudiese haber tenido la ocurrencia